

GRANO DE ARENA.

Todos ó cuando menos los más artículos que la prensa de los Estados publica, referentes á la mala y general situación actual, descuellan una marcada tendencia al fatalismo que perjudica al pueblo, coadyuvando á aumentar el pánico que reina en él y haciéndole creer que la presente crisis tendrá por desenlace una catástrofe, en lugar de fortalecer el ánimo que se enerva y el vigor que disminuye.

Si bien es cierto que de muy cortos años á la fecha, la miseria, nacida de la decadencia del comercio y otros ramos que antes constituyeron fuentes, al parecer, inagotables de riqueza, toma notable incremento; no por eso hay que flaquear; pues precisamente porque la miseria nos amenaza, se hace necesario tomar la defensa, recurriendo al único salva vidas que, después de algunas indispensables fatigas, nos lleva á la ribera; el trabajo.

¿No sería pusilanimidad, teniendo en la mano una arma, volverle á la fiera las espaldas?

¿Qué falta trabajo? es mentira, al propietario le faltan hombres que le ayuden, y muchas veces se vé en el caso hasta de rogar, aumentando sueldos, para conseguir que, aquellos que se están muriendo de hambre, abandonen su indolencia y presten con su inteligencia ó con sus brazos, contingente alguno á sus intereses.

Por esto casi en lo general, se caracteriza el trabajador de la costa y á esto se debe también, que el hacendado muchas veces no ensanche sus negocios, temiendo, con sobrada justicia, un fracaso, debido á la pereza sin nombre de los que pudiendo trabajar con proporcionadas utilidades logrando casi conquistarse un bienestar relativo, tienen el cinismo de quejarse de una miseria que á sí propios se deben.

R.

DE TODO UN POCO.

Remedio para la tos ferina.—Consiste en empapar una muñequita de trapo ó pincel gordo en una disolución de sublimado al 1 por 100, introducirlos en la garganta y oprimirlos en la raíz de la lengua, hácia dentro, de modo que el líquido se ponga en contacto con la epiglotis y con las membranas mucosas de alrededor; conviene también untar un poco de la misma disolución en el paladar.

En los casos agudos hay que hacer una cura de éstas al día; en los menos graves basta una cura cada dos días.

Casa de cristal.—El rey de Siam se ha hecho construir una casa de cristal por un arquitecto chino, y la materia prima ha sido suministrada por una compañía francesa.

Las paredes, los suelos, los cielos rasos formados de planchas de cristal de diferentes tamaños y espesores, están unidos por un cemento impermeable.

El rey entra por una puerta que se cierra herméticamente. Por la parte superior hay una serie de tubos que sirven para la ventilación.

La casa está situada en el fondo de un estanque, el cual se llena, una vez que el rey está dentro, con sólo abrir una compuerta y se desocupa cuando el rey quiere salir.

El edificio transparente, queda, pues, sumergido con facilidad y el rey se está allí muy agradablemente en una habitación fresca y seca en donde pasa el tiempo cantando, fumando y bebiendo.

Concurso de pulgas.—En Wetrechanges [gran ducado de Luxemburgo), que tiene fama de ser la población más abundante en pulgas de todo el Gran Ducado, se verifica anualmente, y ya desde larga fecha, un concurso de pulgas como uno de los festejos de las fiestas que celebra el primer domingo de septiembre.

El propietario de la mayor y más hermosa pulga (si cabe hermosura en estos animalitos), recibe un premio de 150 francos.

El que ha ganado este año el premio, presentó 12 animalitos perfectamente criados, sujetos á una herradura para simbolizar su fuerza, y no solamente ha recibido los 150 francos, sino que ha sido calurosamente felicitado por lo bien que sabe criar pulgas.

Pensamientos.—La memoria es el talento de los tontos.

“Que te coge, que te coge”

dice un chulo á la Tomasa, viendo á un toro que iba huído sembrando terror y alarma.

Mas la Tomasa volvióse al chulo aquél, y con guasa le responde: “¡que me coja! usted siente la ventaja.”

VARIEDADES.

RECUERDOS.

(FRAGMENTOS.)

¿Será al fin cierto que el amor existe, Será verdad su plácido consuelo? Y que ¿podremos en la tierra triste Hallar por el amor algo del cielo?

Que no hay amor me dices Con esos labios rojos; Mas si ellos dicen *nó*, los contradices Con la muda elocuencia de los ojos.

Si amores nuestros pechos atesoran, Sin decírmelo, tú, mi dicha labras. Cuando hay dos corazones que se adoran, ¿Acaso han menester de las palabras?

la corte á la reina de aquel corral. Precipitose *Can-can* sobre el seductor y espoleándose de lo lindo le dió tres tumbos y lo hizo huir bien de prisa; dejando en el camino, plumas al por mayor.

Un muchacho—probablemente su propietario—que presenció lo ocurrido, gritó desahogado desde lo alto de la azotea.

¡Eh! *sarante*, ya te haré volver, coyón. Y se escurrió por el largo de la barda.

* * *

Al amanecer del día siguiente, el muchacho volvió á aparecer en la azotea llevando al cobarde gallo bien provisto de una navaja que relucía de afilada.

Echóle al corral y *Can-can* que todo lo había observado, alistóse para el combate, cantando primero y aleteando después, se precipitó sobre su adversario.

La riña fué atroz. Dos ó tres veces *Sarante* cayó en tierra, pero á la última, al levantarse, hirió una pata de *Can-can* y al caer éste, le hundió la navaja por debajo del ala derecha. Cayó el valiente gallo y en su afán de levantarse picoteaba con fiereza la tierra arcillosa, que bañaba cada vez más con la sangre que salía por la herida.

La fatiga lo rindió al fin y quedó casi exánime. *Paloma*, al verlo perdido, se puso al lado del gallo que estaba de pelea, queriendo tal vez, conquistarse al vencedor, el que no pudiendo resistir semejante coquetería, dejó caer una ala y con las puntas de sus plumas raspó la tierra dando media vuelta al rededor de *Paloma*.

Este ruido hizo volver en sí á *Can-can*, trató de incorporarse, se irguió al fin, miró con rabia el cuadro y cantando de un modo extraño, súbitamente cayó de nuevo para no levantarse jamás.

¡Su canto fué un grito de maldición para la ingrata!

* * *

La tía Petra me enseñó el cuerpo de *Paloma*. La había matado por infiel.

—Figúrate, me dijo, después, cuando examiné la herida de *Can-can*, noté que no era tan grave que lo hubiera muerto.

—De qué murió entonces?—le pregunté.

—Pues tú, si todo fué ver á *Paloma* junto del otro gallo maldito y morirse en el acto.

—Moriría de amor, tía Petra, le dije riendo.

—¡Ah bribón que pronto diste!

—¡Bah si lo sabré yo que hace poco á junto estuve de morir de amor, ¿acaso no lo supo vd?

—¡Calla embustero!—me contestó.

Y la buena tía Petra dándome una palmada en el hombro, hizo un gesto de duda y me sonrió maliciosamente.